



# *Hermanas raras*

*Cuentos fantásticos y pulp  
de las reinas del escalofrío*



*Traducción del inglés a cargo de*

*Carmen Torres y Laura Naranjo, Núria Molines,  
Paula Álvarez, Soledad Cortés, Isabel Márquez,  
Julia Velasco, María Aragón y Violeta Marcos*



IMPEDIMENTA



EL SEÑOR DE LAS RATAS  
GREYE LA SPINA



• 1942 •

TRADUCIDO POR  
*Carmen Torres y Laura Naranjo*

## EL SEÑOR DE LAS RATAS

**L**a noche era negra como boca de lobo; el cielo, añil. Oscuros penachos de nubes vaporosas atravesaban la luna, que se atisbaba aquí y allá por entre las ramas de los cuantiosos árboles. La calzada irregular había dado paso a una tosca vereda por la que yo apremiaba a Carry cada vez con más urgencia, aunque no sabía muy bien de dónde venía mi aprensión.

De vez en cuando encendía la linterna, aunque, por raro que parezca, no para asegurar nuestros pasos jadeantes por aquel sendero apenas transitado, sino para iluminar mis miradas furtivas a las sombras sigilosas que nos pisaban los talones al galope y nos constreñían por ambos flancos, mientras que cedían con sospechosa prontitud por el frente.

La pobre Carry se apoyaba cada vez más en mi brazo. Sus zapatos de tacón alto (más propios para ir en coche que para aquella carrera trepidante por senderos abruptos y escarpados) la hacían tropezar continuamente, y más de una vez se torció los finos tobillos, aunque tan solo se quejaba a media voz. Yo sabía que estaba al borde de la extenuación, pero no quise que se percatara, por lo que, de vez en cuando, le lanzaba palabras de ánimo que

la hicieran creer que su frágil cuerpecillo podía dar mucho más de sí.

Ella era consciente de que debíamos continuar nuestro arduo y tortuoso camino. Lo que fuera menos pasar la noche en aquel bosque tupido y desangelado. Sin embargo, mientras los dos jadeábamos casi sin aliento, obligando a nuestros músculos a repetir sin cesar las mismas extensiones y contracciones que derivaban en nuestro lento avance, nos enfrentábamos al hecho de que la noche había caído de súbito al amparo del lúgubre dosel atronador que la inminente tormenta había tendido en el cielo plomizo.

No habríamos podido dar marcha atrás aunque hubiésemos querido, pues yo habría sido incapaz de encontrar el camino de vuelta hasta el lugar donde habíamos abandonado el coche cuando este se había negado a continuar. Ya me habría gustado que se nos planteara esa posibilidad: con las ventanillas cerradas, al menos habríamos tenido cierta sensación de refugio. Ahora, en cambio, no sabíamos cuánto tiempo tendríamos que seguir avanzando a trompicones en la oscuridad creciente ni qué nos aguardaba por mucho que huyéramos de lo que, por instinto, sentíamos que nos perseguía con intenciones hostiles.

La mayoría de las cosas que aterrorizan al alma humana son intangibles. No se trata de esa súbita aparición que te hiela la sangre en las venas, sino de ese pomo que gira lentamente en la puerta del dormitorio en la quietud de las espeluznantes horas que preceden al alba, cuando uno sabe que está solo en casa y que ningún otro ser humano puede invadir su precavida soledad. Y ahora aquellas sombras sigilosas nos acechaban a Carry y a mí mientras nos aferrábamos el uno al otro y resbalábamos y tropezábamos por el estrecho sendero, apenas iluminado por las centelleantes luciérnagas que parpadeaban cada vez con más fuerza a medida que avanzábamos.

—Jack..., no... puedo... más.

Carry se desplomó sobre mí mientras las débiles palabras escapaban de sus labios jadeantes. Traté de impedir que se cayera,

asiendo su cuerpo medio desmayado para auparla en un intento desesperado por instarla a continuar, pero mis esfuerzos fueron en vano.

—No te rindas, mi amor. No puedes quedarte aquí toda la noche. Está empezando a llover. Si paramos ahora, vas a terminar empapada. Seguro que hay una casa o algo en las inmediaciones; si no, ¿para qué iba a existir este camino, por malo que sea?

Hasta entonces apenas habíamos reparado en el débil golpeo de los goterones sobre la alfombra de hojas muertas que pisábamos. Fue en ese momento en que nos detuvimos cuando los oímos con claridad, aunque cesaron al instante. De la oscuridad que nos rodeaba surgió, en su lugar, un suave susurro, un tenue movimiento, y entonces me di cuenta de algo que había pasado por alto: las luciérnagas que titilaban a ambos lados del camino emitían sus luces de dos en dos, por así decir, y todas estaban a ras del suelo. Vaya si eran raras. Había en ellas algo extraño y perturbador.

—¡Jack! ¿Las luciérnagas...?

Carry también se había dado cuenta. Su frágil cuerpo temblaba en mis brazos de una manera que no era producto del mero cansancio físico. De repente me apartó con una violencia inesperada.

—¡Hay que seguir, Jack! ¡Venga, vámonos ya! Las luciérnagas emiten una luz amarilla, y estas son de un verde intenso. *¡No son luciérnagas!* Pero ¿qué son? —Su voz se redujo a un débil susurro amedrentado—. Jack..., la lluvia... *¡tampoco era lluvia, Jack!*

¡Santo cielo! Tenía razón. Lo que habíamos tomado por el repiqueteo de la lluvia era en realidad el delicado tamborileo de unas patitas, las de una innumerable horda de pequeños animales, tan diminutos que sus ojos, de un extraño verde centelleante, apenas se elevaban de la alfombra de hojas muertas por la que corrían. ¿Qué serían? ¿Qué sería aquello que avanzaba y se detenía a la vez que nosotros? Un escalofrío involuntario de puro horror me recorrió el cuerpo. Los dientes me castañetearon y se me puso la piel de gallina.

—¡Ánimo, querida! Debe de haber un refugio cerca. Venga, apóyate en mí y vuelve a intentarlo.

Carry se soltó de mis brazos y volvió a entregarse a los arduos esfuerzos que el agotamiento le había hecho abandonar hacía tan solo un momento. El miedo le espoleó los nervios y sus músculos pasaron a la acción. Mientras avanzaba trastabillando a mi lado, gimoteó en un susurro:

—Jack..., estoy... muy... asustada.

—No pasa nada, mi amor, no hay de qué asustarse —mentí sin reparos, aunque yo mismo lo estaba escuchando, atento a cada uno de los sonidos de la noche.

Oía perfectamente aquel suave repiqueteo que nos rodeaba y que, por supuesto, no era lluvia, y mis ojos se entrecerraban por el destello de aquellas innumerables chispitas verdes que tampoco eran luciérnagas. Sentí náuseas y un involuntario estremecimiento de pavor que tuve que acallar para no contagiárselo sin querer a Carry.

Algo estaba sucediendo en otro plano que, de algún modo, había afectado al nuestro: esto lo supe de manera instintiva. En aquellas oscuras arboledas había criaturas que mostraban un secreto interés en nosotros. Solo el tiempo diría si su voluntad era benigna o malévola. Sentí un malestar que me impelía a permanecer sobre aviso, que me decía que el interés que nuestros extraños acompañantes habían mostrado por nuestros movimientos era un mal presagio.

Noté que el cuerpo de mi amada cedía bajo su peso. La sujeté más fuerte y oí que me susurraba desesperada:

—Jack, cariño, te dije que él nunca... me dejaría escapar.

Su tono de desesperanza me infundió una furia que, por un momento, renovó mis fuerzas. Dwight Harkness no volvería a disponer de su cuerpo para utilizarlo en sus viles conjuros; no volvería a chupar la sangre de sus delicadas arterias.

—Puede que él no tenga nada que ver con esto, cielo. Le sacamos una enorme ventaja. Seguramente ni se ha enterado de que has huido. Apóyate en mí, amor mío. Seré fuerte por los dos.

—No... puedo... dar... ni... un... paso... más.

Carry se derrumbó hecha un ovillo a mis pies y no me quedó más remedio que pararme a recoger su cuerpo menudo y rodearlo con mis brazos. Al detenerme y agacharme, el tamborileo de pies cesó y pareció hacerse el silencio a nuestro alrededor. Entonces, poco a poco, todo se fue acallando, como si las criaturas que nos acompañaban en las sombras fueran en realidad un ejército que se extendía por los bosques hasta muy muy lejos.

—Es inútil..., querido Jack. Déjame. ¡Sálvate... tú!

(¡Pero qué cosas decía mi lucero del alba!)

—¿Y qué iba a hacer yo sin ti, amor mío? Si no vienes, me quedaré aquí contigo.

—Jack..., mi vida..., eres... un sol. Lo... intentaré... de nuevo... por ti.

Aunque estaba exhausta, la ayudé a incorporarse. El eco del suave frufú que produjo al levantarse se propagó a nuestro alrededor. Mientras intentaba tenerse en pie, alumbré con la linterna rápidamente a izquierda y derecha. Sombras. Negras sombras. Sombras densas, oscuras y feas. No se veía nada más. Nada se movía, salvo aquellas portentosas sombras nocturnas que nos acechaban y nos miraban maliciosamente por cada lado. ¿O no eran ellas las que se movían? ¿Y si eran los dueños de los ojos...?

—No hables, cariño. Ahorra tu aliento para un último esfuerzo. Seguro que encontramos refugio por aquí, ya verás.

Y entonces, como si la necesidad que encubrían mis palabras arrancara una respuesta a mi plegaria interior, el camino describió de repente una curva inesperada. La rodeamos y, ¡oh!, ¡había unas luces tenues más adelante! ¡Gracias a Dios!

—¡Mira, mi amor! ¡Una casa! ¡Aguanta! Un poco más y estaremos a salvo.

Llegamos a la casucha. Era demasiado cochambrosa como para considerarla una casa o un *cottage*, pero al menos era un refugio: tenía tejado y cuatro paredes, y dos ventanas opacas y sucias por las que se filtraba un hilillo de luz en la oscuridad de la noche. Llamé a la puerta con ímpetu. Al sonido de mis golpes, los susurros que nos rodeaban cesaron y se hizo un silencio tan sepulcral que casi deseé volver a escuchar el tamborileo de aquellos miles de piececillos invisibles, el murmullo y la agitación de las miríadas de criaturas que poblaban la noche.

Como si mi llamada hubiera sido una señal, se nos abrió la puerta de par en par; a la vez, las ventanas se oscurecieron todavía más y la luz que parecía emanar del interior se apagó. Carry tiró de mí en vano.

—¡No..., no..., no! —sollozó aterrorizada—. Es una trampa. Te lo digo: él no me dejará escapar. ¡Vendrá a por los dos!

Sus exclamaciones cesaron de súbito. Tomé en brazos su ligero cuerpo inconsciente y crucé el umbral iluminando con la linterna el interior de la cabaña, pues era apenas eso. Estaba vacía. Cerré la puerta con el pie y estreché a Carry contra mi corazón mientras aguzaba el oído.

Silencio. Un silencio lúgubre cargado de presagios. Una especie de pánico se apoderó de mí. Volví a apuntar a mi alrededor con el brillante haz de la linterna, pero lo único que encontré fue una puerta en el lado opuesto de la habitación. La lógica me decía que solo podía conducir al exterior, pues a simple vista resultaba evidente que aquello no era más que un cobertizo. Por un momento me atreví a olvidarme del murmullo que se estaba levantando poco a poco fuera, como si millones de animales diminutos silbaran, gorgajaran y chirriaran juntos en un coro maligno que no paraba de aumentar.

Dejé con cuidado el cuerpo de Carry en el basto entarimado, me quité el abrigo y lo coloqué a modo de almohada bajo su bonita

cabeza castaña. A continuación, puse la linterna de pie a su lado y le froté los fríos dedos con mis palmas calientes. Había tomado la precaución de arrodillarme en una posición que impedía que alguien abriera la puerta por la que habíamos entrado, pues la bloqueaba con mi cuerpo. En cuanto a la puerta trasera, aún no podía comprobar si tenía el pestillo echado o no; primero debía devolverle la consciencia a mi pobre amada, que yacía blanca e inmóvil en el suelo.

Cuando abrió los ojos con un pestañeo, me levanté de un salto y blandí la linterna, pues era la única arma de la que disponía. Recordé que había dejado la pistola automática en el compartimento de la puerta del coche cuando lo abandonamos, por lo que ya era demasiado tarde para recuperarla. Me puse delante de Carry, de cara a la puerta contraria; la alumbré con la linterna hecho un manojo de nervios, presa de una horrible expectación, pues había percibido el leve crujido de las bisagras oxidadas. Y vi que el pomo giraba y la puerta se abría poco a poco para dejar entrar... ¡¿qué?!

A mi espalda, Carry chilló y se levantó a duras penas para poder enfrentarse con valentía a lo que quiera que estuviera por llegar. ¡Mi pequeña Carry! ¡Cuánto sufría por ella!

La puerta se abrió un poco más entre chirridos y luego se detuvo; el hueco sería de un palmo. Mis nervios (que ya tenía de punta tras la ardua carrera por aquel bosque encantado en el intento de alejar a mi dulce amada del hombre que se hacía llamar su guardián, pero de cuyos tratos con el Maligno ella llevaba mucho tiempo siendo plenamente consciente) no podían soportar aquella espera silente y fatídica.

—¡Entra, quienquiera que seas! —grité, furioso—. ¡Entra o vete de aquí!

La puerta, obediente, se abrió un poco más. Casi se me para el corazón. Mi amada se apoyó en mi hombro izquierdo con la respiración entrecortada.

—¿Me pides que entre? —dijo entonces una voz incrédula—. No me esperaba una bienvenida.

—¡Que entres o que te vayas! —espeté—. Y que sea rápido.

—Acepto tu amable invitación —dijo la voz en un curioso tono agudo que, de algún modo, me recordó a los chillidos de los ratones bajo el entarimado.

—¡Has hecho mal, Jack! —me susurró Carry al oído—. ¡No deberías haberlo invitado a entrar! Es algo malo. Lo presiento. De haber sido bueno, no habría esperado a que lo invitaras.

La voz se apresuró a repetir:

—Acepto tu invitación.

El dueño de aquella voz aguda y chillona apareció tan de súbito por el hueco de la puerta que estuve a punto de dar un brinco. Cuando entró, la estancia se vio invadida por un olor nauseabundo.

—Cierra la puerta —le ordené, sintiendo que la voz me fallaba más de lo que habría querido—. Hay algo desagradable ahí fuera esta noche y no quiero que entre también.

Aquella criatura enana, ataviada con un manto raído, soltó una risita estridente a modo de respuesta. Al oírla, Carry se estremeció, y una de sus delicadas manitas me agarró el brazo con tanta fuerza que sus uñas me atravesaron la camisa y se me hincaron de tal modo que me encogí de dolor.

Me quedé mirando al extraño visitante, apuntándolo con la linterna. El manto gris que cubría su cuerpo torcido y achaparrado le ocultaba la cara como para proteger sus ojos de la deslumbrante luz y me impedía descubrir qué tipo de hombre sería. Poco atractivo, sin duda, a juzgar por aquella voz deplorable y aguda, tan parecida..., santo cielo..., tan parecida a los chillidos de las ratas en sus sucios agujeros. En cuanto aquel pensamiento abominable se apoderó de mi cerebro, desvié la vista lentamente sin mover la cabeza y me enfrenté a la mirada petrificada de Carry, que seguía apoyada sin fuerzas en mi hombro.

—¿Quién y qué eres? —le pregunté al intruso elevando el tono mientras volvía a enfocar mi mirada en él.

—Un pobre vagabundo que busca abrigo de la tormenta y de la noche —chirrió el recién llegado, soltando de nuevo aquella risita aguda e irritante que se asemejaba tanto a la de los roedores tras los revestimientos de madera.

—¡Jack! ¡Vámonos! Cualquier cosa será mejor que esto —empezó a protestar Carry, encogiéndose detrás de mí.

—Calla, querida. Sería de locos intentar continuar en la oscuridad, con ese ejército de criaturas ahí fuera. Siéntate en tu parte de la habitación, forastero. Carry, tesoro, quédate descansando en el suelo sobre mi abrigo. Yo vigilaré mientras tanto. La tormenta y la noche pasarán. Y seguro que esos bichos se marcharán y podremos continuar.

Carry me obedeció, aunque a regañadientes, y se dejó caer detrás de mí en un rincón.

El manto gris de aquel otro viajero parecía haberse agrandado de pronto, pues, cuando él también se sentó en el suelo contra la pared opuesta, este lo envolvió por completo de tal modo que, a simple vista, tan solo se percibía un oscuro batiburrillo de tela amontonada. Cuando alumbré con la linterna el bulto de ropa oscura, poco más se distinguía, aparte del débil movimiento causado por la respiración, y durante las siguientes horas interminables seguí alumbrándolo de vez en cuando, aunque la mayor parte del tiempo mantuve la linterna apuntando al techo para que iluminara todo el interior del cobertizo.

Carry estaba tan exhausta que se quedó profundamente dormida. Yo, en cambio, me sentía más despierto que nunca, pues mucho dependía de mi vigilia. Había mirado el reloj y a punto estaba de guardármelo en el bolsillo tras comprobar que eran casi las cuatro de la madrugada cuando oí un ruido fuera que me puso en guardia e hizo que me levantara de un salto. Alumbré al tercero en discordia, pero el montón de tela oscura no dio señales de vida. El sonido del exterior era el de unos pasos humanos que andaban de forma

irregular, como si el caminante, en medio de la noche turbia, no tuviera claro por dónde avanzar.

Ningún otro sonido había interrumpido el silencio de la larga noche, salvo el ulular de las fuertes ráfagas de viento en las copas de los árboles y los aguaceros que caían de vez en cuando sobre nuestro tosco refugio. En un momento dado, de hecho, cuando por casualidad eché un vistazo al bulto de ropa del rincón, me pareció ver, casi con toda seguridad, que un ojo brillante me observaba fijamente de un modo que me hizo apretar los dientes de la impresión. La mirada penetrante y ladina de aquel ser deforme desplomado contra la pared no solo realzaba lo desagradablemente extraño que era; su carácter furtivo daba a entender que se trataba de un habitante de otro plano que jamás debería haberse aventurado a cruzar al de la existencia material.

Se volvieron a oír aquellos pasos irregulares e indecisos. A mis oídos atentos no les costó reconocerlos entre los latigazos de la tormenta contra la frágil cabaña, que se bamboleaba y se remecía con cada nuevo impacto. Mi rauda mirada cayó de nuevo en el tercer ocupante de nuestro refugio y volví a distinguir el brillo de un ojo semioculto, que centelleaba como el verde orbe reptiliano de una criatura salvaje salida de la noche más cerrada.

El vagabundo que compartía la casucha con Carry y conmigo estaba alerta, a pesar de su aspecto acurrucado e informe. Su disposición ostentaba para mí algún significado oculto que traté de descifrar en vano. Supe en el acto que suponía una amenaza. Me pareció que emitía una especie de risa obscena y callada por la impotencia de esas criaturas que consideraba inferiores. Aquel desconocido que había entrado en el cobertizo gracias a mi fortuita invitación era más de lo que aparentaba. Pese a su cuerpo retorcido y deforme, sentí que irradiaba un poder consciente y certero, un poder que podía utilizar según su voluntad, para bien o para mal.

Puede que lo hubiera planeado el propio guardián de Carry al permitir que escapara conmigo: nos habíamos visto obligados a huir en la única dirección posible, por aquel bosque embrujado, dado

que su salvaje morada estaba situada en un saliente rocoso y solo se podía regresar a la civilización atravesando aquella espesura.

Así se había ocultado el viejo Harkness de la humanidad, a sí mismo y a sus viles prácticas mágicas. Mientras escuchaba aquellas pisadas vacilantes en el exterior, me dije con amargura que Carry tenía razón, ¡qué ciego había estado! Aquel viejo rencoroso y vengativo no la dejaría escapar. Le había hecho creer que había conseguido huir para, al final, volver a capturarla y esclavizarla sin remedio, matando así las últimas esperanzas que le había infundido su amor por mí, su fe en mí. Al atrapar me a mí también, la aniquilaría con todo su diabólico poder.

Maldije en mi mente la soberana estupidez que había cometido al tomar el desvío equivocado debido a mi estado nervioso, y también me maldije a mí mismo por haber dado por hecho que el indicador del nivel de gasolina funcionaba correctamente. De haber sido un poco más precavido, al menos podríamos haber regresado al cruce y, desde allí, haber tomado la desviación por la que se salía de aquel denso bosque y se accedía a la carretera principal, que nos habría alejado de aquella zona tan extraña y aciaga. La gasolina nos habría bastado para llegar al pueblo más cercano. Yo era el único culpable, pues Carry se había aferrado a mí con tal fe en mi capacidad para sacarla de su terrible situación que ni siquiera había pensado en los detalles de su huida.

Sin embargo (miré con ternura su cuerpo sereno, su cabecita castaña apoyada en mi abrigo), prefería enfrentarse a cualquiera que fuera la muerte que nos aguardaba a los dos a perecer en el transcurso de algún vil encantamiento que afectara al alma además de al cuerpo, perpetrado por aquel villano que le había estado absorbiendo la vida y la voluntad con su magia maligna. Se movió mientras la miraba; sus párpados se abrieron.

Tenía el rostro sonrosado por el rato de sueño. Su confianza en mí era tan ciega que no había dudado en dormirse profundamente.

Me miró y me lanzó una sonrisa de ánimo que me oprimió el corazón, pues sabía que aquella batalla contra poderes y fuerzas sobre los que solo podía hacer débiles conjeturas no había hecho más que empezar.

—Jack, querido, ¿ya es de día?

Pero entonces aparté la vista de ella porque el haz de luz de la linterna reflejó una sombra, deslizante y metálica, procedente del bulto de ropa oscura en el otro extremo de la habitación, y supe que el extraño se había movido al oír su voz. Sin quitarle los ojos de encima al ser que compartía nuestro refugio, respondí con cautela en voz baja:

—Querida, hay alguien ahí fuera. Llevo un rato oyendo leves pisadas en las pausas de la tormenta.

Carry se levantó de prisa y, sin verla, me imaginé la expresión de consternación que debía de haber adoptado su dulce rostro.

—¡Jack! ¡Ay, Dios mío! ¡Es él!

—¡Tonterías! Solo es alguien que busca refugio de la tormenta, o que se ha perdido, como nosotros y nuestro amigo.

—No..., no... Siento que él está cerca.

Su inquietud me afectó. Al menos sacaría al extraño de allí.

—¡Eh, despierta, hombre, que ya es hora de que te vayas! —exclamé—. La tormenta está amainando y no hace falta que te quedes más tiempo.

El amasijo de ropa oscura reaccionó. El ser que había en su interior se levantó con agilidad, pero con tal descoordinación muscular que arrugué la nariz de puro desagrado, pues el movimiento se parecía más al de una criatura salvaje que a la gracia equilibrada de un cuerpo humano atlético. Por un instante, se quedó a cuatro patas como un animal, y algo en aquella postura momentánea me resultó especialmente repugnante, aunque cambiara a una posición erguida casi en el acto. El gris pizarra del andrajoso manto seguía ocultando sus rasgos, pero dos ojos penetrantes y luminosos nos miraban a Carry y a mí desde aquel refugio que guardaba con tanto celo.

—Que me vaya, ¿eh? ¿Y por qué? Si tú mismo me invitaste a entrar.

Qué voz tan aborrecible tenía; una voz que terminaba en un chirrido ocasional, un agudo sonido animal incontrolado.

—Me parece que fuera ya es de día —dije sin darle importancia, y le tendí la mano a Carry para ayudarla a levantarse—. Esas ventanas están tan llenas de polvo y telarañas que entra muy poca luz, pero, según mi reloj, son casi las cinco. Ya debe de estar amaneciendo.

Detrás de la capa gris se oyó una aguda risita nerviosa.

—No sabía que fueras el gerifalte —dijo el extraño, cuyos hombros temblaban como si se estuviera riendo por lo bajo.

—Nosotros llegamos primero —le espeté.

—¡Ja, ja, ja! No me digas..., ¡pero resulta que es mi casa! —replicó él, y sus penetrantes ojillos centellearon de un modo muy desagradable.

Al principio no respondí; seguía atento a aquellas pisadas vacilantes que tanto desasosiego me habían causado hacía apenas unos minutos. Aunque el viento se había calmado con la llegada inminente del amanecer, ya no las oía.

Carry me dio un toquecito en el brazo.

—¡Vámonos, Jack! Me... me da miedo estar aquí.

Nuestro anfitrión se echó a reír como para sí, o quizá por aquel reconocimiento inocente, y de pronto dijo:

—Ahí fuera están todas mis hijas. Están esperando a que les dé de comer.

Se nos quedó mirando con ojos crueles y destellantes.

Dios sabe que no había nada en aquellas pocas palabras como para hacer que se me pusiera la piel de gallina y que retrajera los labios de puro odio, pero el apretón de Carry en el brazo me dijo que a ella le había dado la misma horrible impresión.

—Abrid la puerta si lo deseáis, mis queridos huéspedes. ¿O tal vez preferís quedaros aquí?